

## *Archivo del general Porfirio Díaz Memorias y documentos. Tomo IV*

Alberto María Carreño (prólogo y notas)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Historia/Elede

1947

390 + [LXIV] p.

Ilustraciones

Elede (Colección de Obras Históricas Mexicanas, 3)

Instituto de Historia (Serie Documental, 2)

[sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 de enero de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/archivo/diaz04.html>

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

## ADVERTENCIA PRELIMINAR

*En este volumen IV se principia en rigor la publicación del Archivo del general Porfirio Díaz, aun cuando en los tres anteriores, que ocuparon sus Memorias, adicionadas con desconocidos documentos provenientes del Archivo de Cancelados de la Secretaría de la Defensa Nacional, se aprovecharon algunos del archivo porfiriano. Muchos que en orden cronológico debieron ir con las Memorias se recibieron fuera de oportunidad y por ello se publican posteriormente.*

*Es indispensable decir unas cuantas palabras acerca de lo que es el archivo puesto a disposición de la Universidad y del editor por el finado coronel de ingenieros don Porfirio Díaz, y por su hijo, el señor don Genaro Díaz Raigosa.*

*Treinta y cinco grandes cajas contenían los documentos que encierran un contingente valiosísimo para la historia de México y, de modo accidental para la historia de otros países.*

*Debe afirmarse que muchos de esos documentos se han conservado debido sólo al temperamento organizador y administrador que sin duda tuvo el general Díaz. Se han encontrado, sea un ejemplo, los comprobantes de gastos menores cuando fue jefe de las armas en Tehuantepec; los partes de acciones de guerra, en papel más delgado que el llamado hoy cebolla, algunos de tamaño diminuto; todo enfajillado por lo general con la indicación del mes y año; lo pendiente de respuesta, separado de lo que se contestó; y en algunos paquetes hasta el importe de las estampillas de correo utilizadas.*

*Las cartas de los primeros años muestran al pie la contestación, a veces en extracto, a veces literal; y en ocasiones existe el borrador separado de la respuesta.*

*Por desgracia falta un lote de copiadorez que por informaciones fidedignas recogidas, fue robado y vendido en Europa; aquí mismo se recobraron algunos, comprándolos en bazares y en expendios de libros viejos. Sin embargo, quienes proporcionaron el archivo han afirmado desconocer lo primero.*

*Pero si, como es natural, su falta interrumpe la información de lo que en cada caso dijo el presidente, las cartas dirigidas a él bastan para seguir el curso de un asunto más o menos trascendental.*

El problema para el compilador que escribe estas líneas ha sido arduo: en materia histórica lo que a uno interesa carece totalmente de importancia para otros. ¿Qué debía publicarse; qué debía suprimirse de lo al parecer sin valor? Naturalmente ha sido indispensable desechar multitud de peticiones, cuando se ha tratado de personas carentes de relieve; en cambio se reproducen solicitudes de certificados de acciones de guerra, porque quizá muchas de ellas sirvan para obtener datos biográficos que no podrán hallarse en otro lugar.

La clasificación resultaba difícil, además, porque hay cartas que ameritarían muy diversas clasificaciones; y por ello se adoptó, finalmente, la cronológica, que permite ver la transformación del militar, del político, junto con la evolución de su pensamiento. Índices apropiados más amplios todavía que los que cierran las Memorias podrán facilitar el manejo de los volúmenes para quien trate sólo de buscar lo relacionado con una persona, con un Estado de la República, etc., y además adoptando la clasificación cronológica, se pueden organizar volúmenes de extensión proporcional.

Este cuarto volumen, por ejemplo, nos va a permitir asomarnos a la psicología del general Díaz desde que el gobierno de don Benito Juárez comienza por hacer nugatorias sus disposiciones, aun exponiéndolo a fracasar en el sitio que pone a la ciudad de México, a pesar de que se le había investido de facultades completas; actitud que ya se había señalado en el prólogo general de esta obra; pero que se confirma con todas las disposiciones subsiguientes.

Más tarde se le quita el mando del ejército de Oriente, y este ejército se subdivide en varias divisiones, posiblemente con la idea de restarle fuerza, al notar que la popularidad del héroe del 2 de abril crece de modo constante, sobre todo cuando se compara su actitud para la generalidad de los vencidos en Miahuatlán, La Carbonera y Puebla, a quienes deja libres; y la de Juárez que no le consiente que haga cosa igual con los vencidos en la capital de la República, que son internados en diversas prisiones. Por cierto que esa diversa actitud también se encuentra en documentos que muestran que algunos prisioneros acuden a la generosidad del general Díaz, mostrándole las miserias que sufren, las condiciones pavorosas en que los tiene el gobierno, y él, de su peculio, les manda socorros para aliviarlos.

Cuando se convence de que sólo hay hostilidad para él, solicita permiso para separarse de la muy mermada Segunda División que ha dejado el presidente Juárez a sus órdenes, y hay alguna carta en que declara que aunque ostenta la banda de general de división tiene menos facultades que un cabo.

El doctor Salvador Quevedo y Zubieta, bien documentado, en su libro *El Caudillo* relata dos incidentes que muestran la tirantez de relaciones entre Juárez y Díaz; el primero, cuando éste va a dar la bien-

venida a aquél, quien lo recibe con desconcertante frialdad; el segundo, que conviene reproducir con sus palabras, a propósito de un suceso que produjo sensación.

“Se celebró un domingo de agosto por los mismos días en que se discutía la reducción y licenciamiento del ejército. No sabemos en virtud de qué complot urdido por espíritus conciliadores se organizó un banquete cuyas invitaciones impresas en cartulinas rojas hacían saber que el jefe del ejército de Oriente lo dedicaba al presidente Juárez. Tuvo lugar en el Tivoli del Eliseo, con asistencia de don Benito en el centro de la mesa, don Sebastián a su derecha y enfrente de éste el caudillo. A la hora de los brindis, contra lo esperado, se abstuvo éste de ofrecer el banquete. . . Habló don Benito saludando al militar como si fuese realmente el anfitrión y agradeciéndole su acto de adhesión al gobierno. Contestó el caudillo en términos de vaguedad esquiva. Al día siguiente un periódico conciliador publicó su brindis de ofrecimiento, adulterado.

“Porfirio Díaz desautorizó el brindis y las invitaciones.

“Con tal motivo llamóle Juárez a una entrevista en su casa particular de Palacio.

—“La negativa de usted, le dijo, es un grito de alarma al Ejército”.

—“No es un grito de alarma; sólo he dicho lo que debía decir: que no eran míos ni el brindis ni el banquete”, fue la respuesta casi literal del caudillo.

“Siguió un diálogo de expansiones y recíprocos reproches. El presidente reclamó sumisión personal por haber sido como padre de él y de su hermano Félix. . . En cambio, el caudillo hizo valer sus servicios, mal reconocidos. . .

—“Ha hecho usted dar una casa en San Cosme a Pepe Rincón porque contribuyó con cien caballos a la guerra contra el invasor, caballos que el donante ha hecho volver a su hacienda. Yo he presentado algo más que cien caballos. . . , un ejército bien armado y vestido. . . La diferencia en mi contra es que no tengo hacienda. . . ni le pido casa”.

“Hizo luego mención de sus no cobrados alcances. Fue entonces cuando Juárez le manifestó que había dado una orden en la Tesorería para que le liquidaran por composición, y que la liquidación arrojaba 21,000 pesos en su favor.

—“Si esto trae alguna condición, retire usted la orden”, repuso el jefe”.\*

Hay un aspecto muy interesante de ese periodo de la vida política de México. Juárez lanza una convocatoria que, según los mismos que habían luchado con las armas en la mano para sostener los prin-

\* Op. cit. pp. 180-181.

cipios fundamentales de la Constitución de 1857, los viola; y uno de los que así juzgan es el general Díaz. Como es natural, en un apéndice se reproduce, con la defensa que hace el gobierno, con la que de sí mismo publicó Juárez, y algunos de los ataques hechos en toda la República.

Pero la documentación que irá apareciendo en estos volúmenes tiene un interés particular en lo que se refiere a las prácticas electorales de aquellos días, cuyo examen las parangona con algunas anteriores y posteriores a ellas.

El general Díaz aceptó su candidatura a la presidencia de la República en oposición a la de Juárez; y es curioso ver todas las intrigas que se desarrollan, prodigando empleos y prodigando dinero de las arcas federales para ganarse adeptos, sin que falte el escamoteo de votos. Triunfan todas estas prácticas poco democráticas en el buen sentido del vocablo, y con ellas triunfa Juárez; mas apenas ha triunfado, algunos de sus enemigos de ayer se tornan en sus sostenedores de hoy, dando una amarga lección al general Díaz, de lo que es la inestabilidad de las amistades políticas.

La Legislatura de Oaxaca, que tiene en gran estima a quien ha declarado hijo predilecto del Estado, hace que éste adquiera el rancho denominado La Noria, y se lo da al vencedor en definitiva de los imperialistas, quien acepta la donación y resuelve trasladarse a tal lugar, que no será por cierto de reposo espiritual, porque un motivo u otro habrá de causar desazones al caudillo.

Desde el viaje que emprende es significativo; el carruaje donde viaja sufre un vuelco, que ocasiona algunas heridas al general, aunque no de graves consecuencias; establece una fundición y siembra caña de azúcar, y un temblor destruye la primera y un temporal destruye la segunda; se le mueren dos hijos; se le enferma gravemente la esposa; y el general Félix Díaz, ya gobernador de Oaxaca, movido por los amigos políticos, que siguen caminos opuestos a los que intenta el vencedor en Miahuatlán, se distancia de su hermano Porfirio.

Entretanto los amigos políticos le mantienen viva la idea de que será más tarde quien gobierne el país; otros lo mueven a aceptar el gobierno del nuevo Estado de Morelos; pero el candidato del gobierno es el general Leyva, y gana el general Leyva.

Por su parte el gobierno de Juárez intenta que acepte el cargo de ministro de México en Washington; pero don Matías Romero, formando ahora parte del gabinete juarista, comete el error de indicarle que el ofrecimiento del cargo no encierra la intención de alejarlo del país, y ante aquella explicación no pedida, Díaz no acepta. También quizá el ofrecimiento y la indicación únicamente constituyeron una coartada histórica, para poder afirmar más tarde, que el presidente

Juárez, lejos de hostilizar a Díaz, le ofreció un puesto de confianza, que éste rehusó.

En medio de las amarguras espirituales y de los quebrantos materiales que ensombrecen su espíritu, se le hace venir a México temporalmente: ¡ha sido electo diputado por Sombrerete! ¡Por Sombrerete, Zacatecas, donde jamás había puesto los pies! Si en verdad la elección fue un hecho real, esto sólo querría decir que a pesar de haber actuado en una zona muy distante del Norte de la República, su popularidad alcanzaba hasta allá muy grandes proporciones. Sin embargo, la documentación que se publica demuestra que en las elecciones presidenciales tuvo señalados triunfos sobre Juárez en diversos Estados del Norte; y en cambio las intrigas gubernamentales le arrebataron Puebla en cuyo territorio había operado con tanto éxito. Esta forma de elegir diputados, también sería una buena lección para el héroe del 2 de abril de 1867.

Otro conflicto se presentó. Concluía el término durante el cual don Benito Juárez había de ejercer el cargo de presidente de la República; y no sintiéndose dispuesto para abandonar el poder, lanzó de nuevo su candidatura a fin de ser reelecto, contra la de don Sebastián Lerdo de Tejada y la del general Díaz, quien una segunda vez salió diputado al Congreso general; en esta ocasión por Veracruz cuyo gobierno declinó, según datos existentes en el archivo de don Teodoro A. Dehesa; éste y otros amigos del caudillo en ese Estado fueron los que le ganaron tal diputación.

Hombres muy importantes del Partido Liberal, ya distanciados por completo de Juárez, se declararon partidarios de Díaz y movieron su elección para presidente en toda la República. El gobierno, por su parte, agitó sus huestes como en el anterior periodo electoral; pero ahora tenía que luchar con dos adversarios; no pudo obtener la mayoría indispensable, y fue el Congreso, donde sí la tenía, el que declaró vencedor a Juárez.

¿El antiguo jefe del ejército de Oriente convenció a sus amigos de la necesidad de levantarse en armas? ¿Fueron los amigos quienes lo decidieron?

De cualquier modo que haya sido, el caso quedó resuelto: había que combatir "la imposición", rebelándose contra ella.

Según Quevedo y Zubieta, el plan revolucionario que recibiría el nombre del rancho donado al general Díaz, La Noria, no fue siquiera obra personal del caudillo, sino de quienes en México habían organizado la oposición a Juárez, a cuya cabeza estaba el amigo íntimo de Díaz, el licenciado Justo Benítez.

Es indispensable juzgar, sin embargo, que la rebelión por medio de las armas acaso no entró en el ánimo de los rebeldes sino poco

tiempo antes de que estallara aquella, porque podrá leerse una carta del licenciado Benítez al general Díaz, enviada después del primer fracaso, desde la capital, en que le reprueba no haber aceptado ir a Washington como ministro de México; y aun cuando hubo una serie de brotes rebeldes, muy especialmente uno en el Estado de Veracruz, el general Díaz protesta airado porque se tome su nombre como bandera.

Por otra parte, como ya se asentó, sus amigos habían querido hacerlo gobernador del nuevo Estado de Morelos, del de México o del de Veracruz, aguardando para encumbrarlo más tarde a la presidencia de la República. De cualquier modo que haya sido, el hecho positivo resulta que el héroe de las batallas decisivas contra la intervención francesa, aceptó y suscribió el plan de La Noria y basado en él se lanzó a la lucha y la lucha le resultó desfavorable.

No tiene por objeto esta breve noticia sobre lo que se irá encontrando en el archivo, comentarlo como habrán de ahcerlo posiblemente los historiadores, sino sólo llamar la atención hacia ciertos datos que faciliten el usarlos; así, por ejemplo, en un apéndice aparecerán también el plan de la Noria y el de Tuxtepec con el único objeto de facilitar su consulta, su estudio y su comentario.

Pero hay casos que el solo archivo no solucionaria, a pesar de haberse debatido apasionadamente, y entonces el lector hallará aportaciones documentales auténticas, adicionales. Este es uno de ellos: ¿Como salió del país el rebelde oaxaqueño?

Don Teodoro A. Dehesa, prominente gobernador del Estado de Veracruz, recorrió el velo de aquella salida, mediante los informes que proporcionó a otro veracruzano ilustre: el periodista, poeta, historiador, académico y diplomático José de J. Núñez y Domínguez, quien publicó los hechos en el "magazín" de El Universal en 17 de diciembre de 1933.

Tal información la recogió el señor José M. Domínguez Castilla, en su libro Ensayo Crítico Histórico sobre la Revolución de la Noria; probablemente lo más sereno que sobre tal revolución se ha impreso. \*

"La gran superioridad numérica —dice— y el mando inteligente de las tropas del gobierno, sobre las revolucionarias con que contaba el general Díaz en Oaxaca, determinaron desde luego la marcha de la campaña militar, decididamente en favor del presidente don Benito Juárez. Vino, como consecuencia, el desconcierto entre los revolucionarios, y la imposibilidad para ellos de desarrollar planes militares. Fue entonces cuando el general Díaz, empeñado con gran tenacidad, en remediar la situación que se derrumbaba, sale del Estado de Oaxaca;

\* Casa impresora "El Cuadratín". Correo Mayor número 12, México, 1934.

entra al de Puebla; marcha a México; se retira a la sierra y de ahí, parte al Norte del país". \*

Y en otro lugar el mismo escritor asienta: "Don Benito Juárez calculó muy bien la fuerza de su enemigo; comprendió que era preciso ante todo, quebrantar el prestigio militar del general Díaz, y lo logró, empleando el procedimiento único, pero infalible, que ha servido siempre para eclipsar las estrellas y abatir las águilas del mundo militar: la superioridad numérica de los efectivos de combate, en las proporciones necesarias para contrarrestar, y aun superar, las ventajas que tienen en la guerra los buenos generales. Al general Díaz se le echaron encima, en Oaxaca, fuerzas numerosas, hábilmente mandadas; estaba obligado a combatir en la relación de uno contra cinco; lucha insensata que cuerdamente abandonó, como concedor de su profesión, de su país y de la causa que representaba; la cual podía aún triunfar con los recursos con que la revolución contaba en otra parte". \*\*

Si según Domínguez Castilla al salir de Oaxaca se dirigió a Tehuacán y de allí a Teotitlán para acercarse a la ciudad de México, debe creerse que quizá cuando se convenció de que no encontraría los partidarios que esperaba, resolvió no exponerse a un serio revés al atacarla, y regresó, siguiendo el itinerario que da Domínguez Castilla: Valle de México, Llanos de Apam, Hacienda de Soltepec, Hacienda de Guadalupe, Hacienda de Santa Clara, Tlaxco, Chignahuapan, Hacienda de Coayuca y Sierra de Tetela. \*\*\*

Quedaba al general Díaz una posibilidad de triunfar: unirse con sus partidarios también rebeldes, en armas también; pretendió hacerlo en Veracruz; pero cuando se le hizo ver que había muchas probabilidades de fracasar, resolvió definitivamente salir del país, para volver a él atravesando los Estados Unidos y en esto lo ayudaron don Teodoro A. Dehesa y algunos amigos de ambos.

Después de haber publicado Núñez y Domínguez la información recibida de éste; después de haber aparecido el interesantísimo libro de Domínguez Castilla, el doctor Miguel Domínguez dio a las prensas un folleto no menos valioso intitulado *Cómo salió del país el general Díaz al fracasar el plan de La Noria*; pero al advertir algunas discrepancias entre estos estudios, juzgué que era mejor acudir a la fuente de información: el escrito hológrafo de don Teodoro A. Dehesa; y este propósito permite a los lectores del archivo del general Díaz, por la gentileza y bondad de mi excelente amigo don Raúl Dehesa, hijo del famoso gobernador veracruzano, conocer literalmente sus noticias.

Hélas aquí:

\* Op. cit. p. 30.  
\*\* Op. cit. p. 93.  
\*\*\* Op. cit. p. 22.



"De mis recuerdos"

"Caído el Imperio de Maximiliano, se convocó al pueblo a elecciones de presidente. Juárez estaba en el poder. El general Díaz por su gloriosa campaña e ídolo de ese mismo pueblo fue designado candidato a la presidencia. El general Luis Mier y Terán sembró en el Estado de Veracruz lo que pudiera llamarse el porfirismo y fecundó. Sin temor de equivocarse podría afirmarse que el sentimiento público siempre estuvo en el Estado de Veracruz en pro del general Díaz.

"Yo me afilié en el Partido Porfirista. Se fundó "El Club Republicano" del cual formé parte de la Mesa Directiva. Llegaron las elecciones y en el Distrito de Veracruz se ganaron, pero la influencia y los abusos del poder se hicieron sentir en el resto del país y el resultado fue que aun cuando el candidato nacional era don Porfirio, triunfase don Benito. La falta de este gran hombre o por lo menos de la camarilla que lo rodeaba fue ultrajar la voluntad del pueblo burlándolo. Luchar contra un gobierno en los comicios y con éxito es muy difícil por no decir imposible. El Partido Porfirista no podía conformarse y apeló al recurso de la insurrección.

"El general Díaz expidió el plan llamado de la Noria al cual por algún mal concepto estampado en el mismo debilitó moralmente la revolución que iniciaba.

"Pero la suerte estaba echada y el país todo se alzó contra don Benito. Los hechos de armas no fueron favorables a don Porfirio y éste se vió en la necesidad de buscar refugio en el Estado de Veracruz donde sabía que tenía amigos y partidarios para buscar salida para el extranjero. Perseguido por las fuerzas del general Alatorre escapó por la sierra de Zongolica en unión del general Galván y de un asistente de éste llamado Tomás, indio de Guadalajara, muy leal a Galván. Los fugitivos tomaron el rumbo de Coscomatepec, camino de Huatusco, y allí encontraron el coronel Honorato Domínguez quien buen conocedor del terreno los llevó a la costa del Municipio de Actopan—cantón de Jalapa— alojándose en Mozamboa en la casa de don Juan Viveros, ranchero descendiente de raza pura española. Sin duda que Honorato informó a don Porfirio de que en Veracruz yo era uno de sus leales adictos y de allí supongo yo que el general Díaz me dirigiera una carta para fletar una embarcación y dirigirse fuera del país a la Habana o Estados Unidos. En mi mocedad yo anhelaba servir al general Díaz y la providencia cumplió mis deseos. Referiré el suceso:

"Llegó a la tienda de ropas donde yo estaba don Juan Viveros, que era marchante de la casa, me saludó y me dijo que traía un encargo para mí, que me había de entregar a solas; pasamos al escritorio y ya allí me dio una cartita sin nombre ni dirección. La abrí, no tenía fecha ni expresión del lugar de donde era dirigida: en ella me

decía varias cosas que moviendo mi impaciencia por la curiosidad di vuelta y vi firmado "Porfirio Diaz" y no puede menos de exclamar "¿Esta allí?" y me contestó "Sí". Seguí leyendo y me decía que el portador me hablaría de otra persona y he aquí mi angustia para averiguar a quién se refería. Afortunadamente don Juan Viveros que haya la gloria de Dios era una persona sin pizca de malicia y como de edad de 70 años pero de naturaleza fuerte. Simulé como que no recordaba el nombre del individuo aludido y entonces él me dijo: "Honorato", con lo cual se despejó la incógnita. En vista de lo importante de la situación decidí ir personalmente a ver a don Porfirio a quien no conocía ni él a mi. Tenía yo un caballo tordillo mosqueado, que me había regalado uno de mis buenos amigos rancheros, don Miguel R. Barradas que vivía en su rancho San Miguel, Municipio de Soledad, hoy de Doblado. El caballo tenía por nombre "El Pincel" y había sido adiestrado por Honorato a quien yo conocía. Convine con don Juan el viaje y llegamos a Mozamboa en los últimos días de enero de 1871 no recuerdo bien la fecha. Nada más humilde que el lugar donde estaban don Porfirio, Galván, Honorato y el criado. Estaban metidos en un sitio muy contiguo a la casa habitación en un lugar donde acostumbraban desgranar el maíz y donde apenas se podía estar de pie.

"Una vez allí platiqué con el general y convinimos en que yo regresara a Veracruz para hablar con don Jorge de la Serna, persona muy querida e influyente en el puerto, a fin de conseguir su embarque.

"Volvi a Veracruz y hablé con don Jorge. Este me dijo que con mucho gusto procuraría servir a don Porfirio con mayor motivo cuanto que era del credo liberal y él, don Jorge, había salvado al general Márquez. Entonces me hizo el relato siguiente:

"Me encontraba yo en el escritorio al obscurecer, en la casa que hoy hace contra esquina a la Lonja Mercantil, los dependientes ya se habían ido y solamente estaba el portero. Llegó a éste un hombre vestido de arriero y le preguntó por mí pues deseaba hablarme. Al manifestarme el portero que un arriero quería hablarme; haciéndoseme extraña la hora y temiendo que se tratara de algún atentado, pues entonces no había mucha seguridad, le dije que le manifestara volviera al día siguiente en la mañana. Así lo hizo; pero el arriero insistió y entonces salí al zaguán y le dije: "¿qué quiere patroncito?" Este acercándose en compañía de otro de su clase me dijo a media voz: "¿es el señor don Jorge de la Serna y Barros a quien tengo la honra de hablar?" La expresión y el tono me dieron a comprender que no me las había con un arriero y le contesté: "Sí, señor". Pues bien me dijo: "Yo soy el general Márquez y el señor es mi ayudante; sé que es usted del partido liberal, pero también sé que es un hombre de corazón y por

"esa causa pongo mi vida en manos de usted". Ante esta manifestación no tenía más camino que salvarlo como lo hice, embarcándolo precisamente cuando el general Díaz se encontraba en el muelle de Veracruz — arreglando la expedición de tropas a Yucatán. Y si eso hice con el general Márquez, como no lo había de hacer por el general Díaz?"

"Hablamos después de particulares relativos al asunto y me instruyó de la manera de introducir al general Díaz en Veracruz, cuyo puerto estaba declarado en estado de sitio, siendo comandante militar de la plaza el general Foster, americano, nacionalizado mexicano.

"Vivía don Jorge en la Alameda de la Independencia — su casa particular — esquina a la calle de la Pastora contra esquina de la casa comercial de Calleja. En el bajo tenía su escritorio y como don Jorge es hombre que vivía de noche, permanecía en su bufete hasta la madrugada. A cierto toque en la vidriera la puerta del zaguán se abría. Previendo el caso de que el general Díaz no pudiera venir me entregó don Jorge para el general veinticinco onzas de diez y seis pesos.

"Como había que embarcar además al general don Pedro A. Galván, pues era condición sine qua non, que había de correr su misma suerte, arreglé que al regreso me acompañara Joaquín Arjona, compañero que había sido en la casa de comercio de Loustau y compadre mío para que éste acompañara al general Galván y lo llevara a mi casa — Calle Principal número ciento cuarenta y tres entonces — donde hoy está "La Kanaya".

"Modelo de discreción era o fue la carta a que me he referido.

"Había yo dejado al general Díaz y a sus acompañantes en Mozambo.

"Cuando regresé a dicho lugar no lo encontramos pues por previsión se había trasladado a Laguna Verde. Después de una jornada larguísima llegué al otro lugar y al apearme del caballo éste por el camino o el sueño cayó repentinamente al suelo. Creí que se había muerto; pero no fue así, pues inmediatamente se levantó. En el sitio en que estábamos sesteamos. Hablé con el general Díaz entregándole el dinero que don Jorge de la Serna me había dado para él, dinero que le entregó a Honorato, así como unas botas de cuero amarillo y ahí nos despedimos de Honorato. Arjona con Galván tomaron su camino para Veracruz y yo con don Porfirio y el guía Estanislao Mendoza hicimos lo mismo. En el trayecto del Morro a San Carlos donde Mendoza tenía su casa, hay que recorrer algunas leguas de playa... \*

"Una vez en la casa, Mendoza me ofreció un catre: él creía que mi acompañante era un comerciante de Misantla y como no había otro en

\* Aquí refiere un incidente que les ocurrió con un zorrillo. A. M. C.

que se pudiese acostar, yo era el objeto de sus atenciones. Entonces yo se lo ofrecí al general Díaz y aunque insistí lo rehusó. Comprendiendo que era inútil mi empeño, yo dormí en el catre y el general Díaz a un lado del mismo con la silla del caballo como asiento para la cabeza y los sudaderos del caballo como colchón, durmió en el suelo que era de tierra. Era en invierno, yo debí haber tiritado de frío y el general Díaz con una manta me cubrió y sin duda por ello fue que dormí.

“La luz que se introduce por los intersticios de los techos de palma me despertó y me levanté. Ya el general estaba en pie.

“Como propagandistas que habíamos sido en Veracruz del general Díaz para presidente, resultó que a todos los jarochos les habíamos dado retratos del general Díaz vestido de paisano y que podría ser reconocido. Usaba el general lo que llamamos piocha, es decir el bigote unido con la barba. Discurri entonces para disfrazarlo a las miradas de los campesinos cortarle la barba, lo que propuesto por mí aceptó. Creyendo que se le vería menos tipo de militar procedí a la operación con unas tijeras. Casi me había arrepentido pues sin barba tenía más cara de soldado. Teníamos que pasar el día en San Carlos para salir al anochecer y llegar a Veracruz en la madrugada. Durante nuestra permanencia algunos fueron a verme y entre ellos uno llamado Antonio Huerta, partidario de la causa, hombre listo y sagaz. Se habló de la revolución y dónde se encontraría el general Díaz, etc., etc.

“Por fin llegó la hora de partir y salimos de San Carlos. La luna alumbraba nuestro camino. Ya por Vergara vimos un grupo de hombres montados en mulas que corrían en dirección a nosotros. El general Díaz me preguntó quiénes eran. Le contesté que no sabía, lo cual era cierto. Por sí o por no se corrió la pistola que portaba al frente, yo no llevaba ni un alfiler y Mendoza solamente su moruna. \* El grupo pasó a nuestro (lado). Eran soldados de los llamados furrieles que llevaban a las mulas a pastar para economía del presupuesto de la guerra.

“Llegamos a Veracruz e hicimos alto cerca de la Puerta de México donde se fueron aglomerando los rancheros que traían sus frutos a vender, los lecheros, etc. Había al costado de las murallas —pues aún existían— unos jacales donde descansaban y dejaban algunos sus bestias. Entre ese híbrido conjunto de gentes estaba un amigo mío, corredor que llamaban de frutos, que iba para contratar el maíz, frijol, etc., que traían. Se nombraba Pedro Pastor, pero por lo parlachín lo apodaban Perico Cotorra. Me vio y desde luego me agobió a preguntas sobre mi compañero. Le dije que era un comerciante de Misantla amigo de la casa donde yo estaba empleado. \*

“Abrieron la puerta y la avalancha de esperantes entró y se diseminó por distintos rumbos. El general Díaz y yo tomamos el costado

\* Cuchillo de monte. A. M. C.

izquierdo de la calle de la Pastora —hoy Constitución— que nos llevaba recto a la casa de don Jorge de la Serna que vivía contra esquina de la calle de Calleja. Sonaban las cinco de la mañana, hora en que los serenos se retiraban para rendir novedades. Habíamos pasado la casa que habitaba don Domingo A. Mirón, cuando en línea recta y frente a nosotros alcanzamos a distinguir el sereno de aquella ronda. Por sí o por no, el general Díaz se preparó para estar listo en cualquiera emergencia pues me dijo que a él no lo habían de coger vivo. Acortamos el paso y el sereno antes de llegar al zaguán de la casa de don Jorge tomó la diagonal rumbo a la calle Principal por la casa de Calleja. Nosotros desviamos algo más nuestros pasos de manera que el sereno alejado de dicha diagonal no nos viera y así fue como a un toque simple don Jorge, que estaba listo, abrió y entramos. Nadie puede decirse que nos vio.

“Dejé allí al general Díaz y me fui a mi casa a dormir que bastante lo necesitaba.

“Junto a don Jorge vivía don Fresse, hijo político de don Enrique D'Oleire, comerciante alemán y Fresse también. Este desempeñaba el cargo de cónsul. Don Jorge arregló que el general Díaz pasara a la casa de Fresse —por aquello de la seguridad personal del general—. Cuando al día siguiente fui a ver al general me asombré con el cambio referido. Me preguntó por su hermano el general Félix Díaz y le dije lo que se decía acerca de su muerte. Una lágrima corrió por su mejilla y me dijo: “Ha de ser cierto”. Después hablamos de la situación de la ciudad. El Estado de Veracruz había sido declarado en estado de sitio, y el general Foster era el comandante militar de la plaza. Vivía Foster adelante de nuestra casa en la misma manzana que hace esquina frente a la casa de los Calderón. Hablamos de la situación y yo le informé con toda lealtad y le di opinión.

“En la playa, además de uno de los cuerpos de la guarnición, el 4o. de infantería a las órdenes de un teniente coronel Nevraumont quien tenía compromisos con la revolución, estaba la guardia nacional que la mandaba el general Juan de la Luz Enriquez entonces comandante del resguardo marítimo. En la sala de mi casa se reunían Nevraumont y Enriquez entrando éste por la dulcería de “La Jota Aragonesa” y Nevraumont por la parte de atrás por una comunicación que teníamos con la calle de la Lagunilla. Quería el general dar un golpe como todos los suyos de audacia y de valor.

“Don J. Mariano Fernández, dependiente que fue del general don Luis Mier y Terán, fue quien puso en contacto a Enriquez y Nevraumont, pero las conferencias que se celebraban no eran lo activas y frecuentes que debían ser y yo como observador le manifesté al general Díaz que a ser más decisivos los elementos puestos en juego, yo sería el primero en opinar por el golpe, que habría sido magnífico pues mientras buscaban y perseguían a don Porfirio éste aparecía dueño de Ve-

racruz; pero si faltaba uno de los elementos, entonces podría ser el gran fracaso. Por otra parte, yo juzgué que siendo un partido personalista, desapareciendo don Porfirio se acababa la revolución, y ésta temprano o tarde había de triunfar. No se intentó el paso que el general Díaz quería.

"El general don Pedro A. Galván que vivía en casa se había afeitado completamente y otra era la cara de mi amigo.

"Para el embarque en el vapor "Corsica" de la Mala Real Inglesa se tomaron pasajes para don Porfirio y para Galván. Al primero con el nombre de Antonio Mauri. Para el segundo no recuerdo el nombre. Para verse a bordo se habían convenido cinco toques. Para el embarque de Galván yo comisioné a un matriculado amigo mío llamado Zacarias Vera, oriundo de Guadalajara. Hombre completo y muy leal. Resultado: ya embarcados, Galván se dirigió al camarote de don Porfirio con la contraseña de los toques; pero éste, precavido, tenía en mano la pistola. Como Galván se había afeitado don Porfirio lo desconoció y en un tris estuvo un desaguisado mayúsculo. Por fortuna, Galván, hombre sereno, le dijo inmediatamente: "soy yo mi general" y por la voz lo reconoció don Porfirio.

"Salimos de aquí si mal no recuerdo (el) 10. de febrero de 1871. Nadie se dio cuenta. Y yo me sentí satisfecho de mi proceder. Esta es la relación a grandes rasgos de la salida del país del general Díaz".

La trayectoria del viaje, según el señor Dehesa, fue entonces de Nueva York a San Francisco California y de allí a Manzanillo, para internarse por el Occidente hacia el Norte del país, hay que suponer, puesto que allí sabía estaba un fuerte número de sus partidarios: Donato Guerra en Chihuahua; y en el Noreste Gerónimo Treviño y Francisco Naranjo. Hay cartas fechadas por el jefe rebelde en el Estado de San Luis Potosí.

Mi inolvidable amigo e insigne hombre de letras, licenciado José López Portillo y Rojas, que escribió con explicable prejuicio por haber sido víctima de un grupo de amigos del general Díaz y enemigos políticos suyos, en su libro Elevación y Caída de Porfirio Díaz, afirmó que éste fue en solicitud de ayuda del temido guerrillero Lozada, y que mientras se encontraba con él murió el presidente Juárez, y con grandes regocijos celebraron el hecho.

Ya don Enrique C. Creel, no solamente gobernador del Estado de Chihuahua, embajador de México en Washington y secretario de Relaciones Exteriores, sino muy sereno y honorable escritor, había referido que en Chihuahua el general Díaz había depuesto las armas; pero ahora los lectores del archivo tendrán la oportunidad de conocer el texto de los documentos oficiales que en parte se conservan en dicho archivo

y parte en el Archivo de Cancelados de la Secretaría de la Defensa Nacional.

Por cierto que los que guarda el del general Díaz revelan que su viaje al Occidente de México no tuvo por mira buscar la ayuda de Lozada, sino la de su amigo el entonces coronel Doroteo López, jefe de las armas insurrectas en Sinaloa a quien ya desde Chihuahua explica por qué es indispensable deponer las armas.

¿Cuál es la causa? No otra sino el apresurado reconocimiento por el general Treviño de Lerdo como presidente, pues sin los contingentes armados de aquél, las fuerzas con que cuentan no son bastantes para continuar la lucha.

Quiere esto decir que Treviño lo llevó a dos descabros: cuando lo abandonó en Oaxaca, obligándolo a rendirse a Bazaine como se ve en el volumen II de las Memorias y cuando lo abandonó en la rebelión que acaso no hubiera llegado a su fin por la sola muerte de Juárez.

El archivo guarda también la carta en que Treviño explica al general Díaz su conducta, y copia de la que dirigió al mismo coronel Doroteo López, que se ve era el alma de la rebelión en Occidente, ligado probablemente con el general Plácido Vega.

El archivo guarda por igual datos nuevos acerca de la segunda rebelión. la conocida con el nombre de "Plan de Tuxtepec. reformado en Falc Blanco", y todo cuanto se relaciona con lo que pudiera llamarse la documentación oficial de Guerra, Gobernación y Hacienda.

Hay entre la documentación relativa a este periodo, una carta del general Toledo, el rebelado en la Ciudadela de México, el 10. de octubre de 1871, que muestra escrúpulos de unirse al nuevamente rebelde, quizá suponiendo que por haberse internado en Brownsville va a recibir alguna ayuda de los Estados Unidos. El general Díaz le pide que vaya y hable con él y verá que todas sus dudas son infundadas. Seguramente lo convence, porque en seguida aquél aparece unido a éste y juntos inician la campaña en Matamoros.

Como es perfectamente sabido, esta segunda rebelión resultó victoriosa. El general Díaz llega a la presidencia de la República; en tanto que hace un viaje a Jalisco, deja en el poder a su amigo el general Juan N. Méndez; y desde entonces comienza el archivo a mostrar al hombre de gobierno que da opiniones y emite juicios de carácter constructivo.

Pero los papeles de ese periodo muestran por igual cómo se empeña en sostener los principios liberales, sin excluir a los enemigos de ayer, de ocupar aquellos puestos públicos en que pueden ser útiles al país.

Durante este primer periodo presidencial surge uno de los incidentes que provocaron no solamente un acto de crueldad para evitar nuevos levantamientos y nuevas rebeliones; sino el ataque más rudo que en vida se hizo al general Díaz y se le sigue haciendo después de muerto: haber dirigido un telegrama brutal por su redacción al guber-

nador de Veracruz, general Luis Mier y Terán, al saber que habían sido aprehendidos unos rebeldes: "Mátalos en caliente".

La leyenda, que se ha mantenido por años y años, acabará definitivamente entre quienes de buena fe la han aceptado, cuando se conozca un texto literal del mensaje cifrado, que oportunamente se publicará en fotograbado. Se conserva en el archivo, junto con todos los demás documentos del caso, desde el aviso en que el general Díaz anuncia al gobernador de Veracruz, que se conspira.

Cada quien conforme a su criterio condenará o absolverá al general Díaz, sobre todo si toma en cuenta la nueva teoría de Derecho Penal Internacional, que ha creado un tipo de criminales: los "criminales de guerra"; mas sea favorable o desfavorable el fallo, los documentos históricos auténticos destruirán el telegrama de la leyenda.

Quedan ahora problemas muy graves de gobierno: la reanudación de relaciones diplomáticas con los Estados Unidos y con Francia sobre lo cual hay datos muy valiosos; y es indudable que a medida que México va acrecentando su prestigio, su crédito; y a medida también que los hechos se van acercando más y más a nosotros, las informaciones que vayan revelando los documentos del archivo irán provocando más y más interés en los lectores.

Conviene advertir que entre lo que el general Díaz conservaba hay documentación muy interesante de don Sebastián Lerdo de Tejada y de los generales Miguel Negrete y José Guillermo Carbó, que poco a poco se irán incorporando en apéndices como ya se hizo con algunos papeles de Negrete; el propósito es que el estudioso de nuestra historia pueda, convirtiéndose en un verdadero investigador, conocer un periodo importantísimo de la vida de México, no a través de sólo libros apasionados en favor o en contra del hombre y de sus actos públicos, sino por la lectura de las cartas y documentos que escribió o que le dirigieron.

Por supuesto, que el archivo encierra notables testimonios de adulación, pero igualmente demostraciones que parecen ser producto de sincero afecto y de admiración sincera: cartas, discursos, poemas, hermosos unos, abominables otros; composiciones musicales; tarjetitas, tarjetones, que a veces deben haber hecho sonreír piadosamente al destinatario; y peticiones, peticiones, peticiones: de dinero, de empleo, de simple recomendación, algunas de las cuales pudo satisfacer; otras tuvieron que continuar archivadas, como seguirán indefinidamente hasta que se destruyan, aunque conviene saber que siempre cuidaba de responder aun las misivas más absurdas e impertinentes. Al pie de multitud de cartas se encuentra este solo acuerdo: "buenas palabras".

Por supuesto hay que pensar que en el espíritu del general Díaz han de haber caído como el bálsamo del "buen samaritano" de la parábola de Jesucristo a propósito del abandonado, casi moribundo, a lo largo de un camino, los millares de cartas y de telegramas que guarda el ar-



chivo y que le dirigieron personas que categóricamente le declararon ser la primera vez que con él se comunicaban, cuando en 1911 abandona el poder, renunciando su cargo de presidente constitucional para ir en un barco alemán, el Ipiranga, rumbo al destierro en que terminará su vida.

Hay una curiosa coincidencia: un cónsul alemán lo alberga en Veracruz, cuando en 1871 experimentaba los reveses que con motivo del plan de la Noria le infligen algunos de sus antiguos subordinados y compañeros de armas; en 1911 un barco alemán le da seguro transporte a Europa, cuando sufre el revés más duro de su vida militar, de su vida política, y que le causan no pocos de sus protegidos de ayer.

Cuando cronológicamente le llegue el turno, se publicará un juicio suyo, escrito de su mano, acerca de la revolución que puso fin y término a su actuación de gobernante; y entonces podrá verse cómo todavía poco tiempo antes de morir, y ya muy cercano a los 84 años, con clara percepción y con firme amor a México ve el fenómeno social que en su país se desarrolló y se desarrollaba cuando él escribió tal documento, que está muy lejos de destilar hiel para sus vencedores; pero que revela también que no es verdad que "lo derribaron del poder sus ochenta años" como suele decirse; sino un sentimiento de responsabilidad, un anhelo postrero de servir a su Patria.

Todo esto, apuntado sólo para dar una idea general de lo que contiene el archivo del general Porfirio Díaz, podrá conocer quien por simple curiosidad o por afán de estudio, se adentre en su lectura. Allí encontrará los defectos y las cualidades del hombre que desde los albores de su juventud llamó la atención de México, del Continente Americano y de Europa; ensalzado por unos, denigrado por otros, lo cual demuestra que sus actos siempre fueron extraordinarios.

Cuando la publicación se termine, los descendientes del general Díaz la Universidad Nacional de México y su Instituto de Historia, así como el desinteresado editor, señor licenciado Miguel Lanz Duret, habrán de sentirse satisfechos de haber realizado una obra de verdadera cultura, al prestar un valioso contingente para el estudio de un prominente mexicano, y con él de la historia del país.

Este compilador, por su parte, si logra ser él quien concluya la publicación, estimará que es la obra de más aliento que realizó en su vida; si ésta no le alcanza, se conforma con haber tenido una modesta participación al orientar y poner los cimientos de este importantísimo jalón histórico de México.

México, enero 11 de 1949.

ALBERTO MARIA CARREÑO